

ARCHIVO MASÓNICO

Revista Cuatrimestral



Jacinto Chacón Barrios

Nº 41. Santiago, Chile, 1º marzo 2017

Salvo indicación expresa en otro sentido, las investigaciones que se publican en *Archivo Masónico* son realizadas por Manuel Romo Sánchez.

Versión digital en:

<https://romosanchez.wordpress.com/>

E-mail: manuel.romo@gmail.cl

Facebook: <http://www.facebook.com/ArchivoMasonico>

Twitter: @romosanchez

EL ESPIRITISTA JACINTO CHACÓN



Su breve paso por la Masonería

Jacinto Chacón Barrios ingresó a la Masonería el 31 de julio de 1854, a la Logia Unión Fraternal, de Valparaíso, que por esos días trabaja en instancia de constitución. Por ese entonces era abogado. Había sido propuesto el día 3 del mismo mes.

Desconocemos si concurrió en otras oportunidades a la Logia. Lo que sí sabemos es que se mantenía activo en el cuadro que la Logia Unión Fraternal confeccionó en agosto de 1855, en el que envió al Gran Oriente de Francia en 1857 y en el que remitió a esa potencia masónica al año siguiente. En este último se indicaba que Chacón se encontraba ausente accidentalmente de Valparaíso.

Finalmente, la Logia acordó rayarlo del cuadro por falta de pago, con fecha 18 de abril de 1860. Nunca pasó más allá que del grado de Aprendiz.

Los intereses de Jacinto Chacón eran otros.

Su biografía

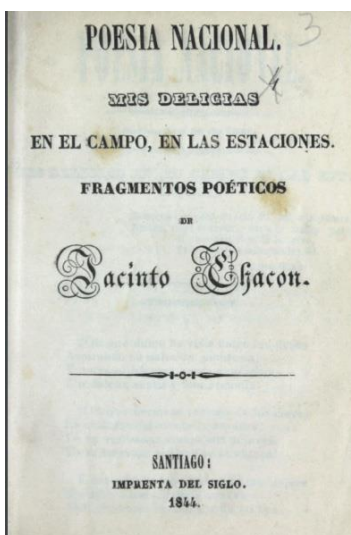
Hijo de Pedro Chacón Morales, diputado liberal en 1828, y de María de la Concepción Barrios Bustos, nació en Santiago, el 16 de agosto de 1820.

Sus padres habían contraído matrimonio en la iglesia del Sagrario, en Santiago, el 25 de septiembre de 1818.

Hizo sus estudios en el Instituto Nacional, hasta titularse de abogado el 8 de agosto de 1843.¹

Algo de su producción literaria fue publicada en la revista El Crepúsculo, medio que se editó en Santiago entre 1843 y 1844, luego en El Progreso y, más tarde, todas las revistas de importancia dieron a conocer sus versos.

En 1844 publicó, en Santiago, por la Imprenta del Siglo, un breve poemario de 26 páginas que llevó por título “Mis delicias en el campo, en las estaciones. Fragmentos poéticos”, que había sido escrito el 10 de septiembre de 1842.



También en 1844, en conjunto con Hermógenes de Irisarri, tradujo la ópera “Lucía de Lammermoor”, publicada en Santiago, por la Imprenta de La Opinión, con un total de 88 páginas.

En 1846, también en Santiago y por la Imprenta del Siglo, publicó un folleto de 56 páginas titulado “Discurso redactado con motivo de la oposición a las cátedras de historia y literatura del Instituto Nacional: tema designado por el sorteo: desde Enrique IV hasta Luis XIV: 1598-1643”.

Contratado como profesor de historia por el Instituto Nacional, tuvo a su cargo la enseñanza de la historia de la Edad Media. Acerca de esto versó un breve libro que publicó en abril de 1847, de 59 páginas, por la Imprenta del Progreso, de Santiago. Lo tituló “Introducción al estudio de la Edad Media: desde la fundación de Roma hasta su destrucción por los bárbaros que fundaron los pueblos modernos; precedida del discurso de inauguración a las cátedras de historia de la Edad Media i Literatura en el Instituto Nacional”.

Este mismo año hizo publicar en Santiago, por la Imprenta del Progreso, un folleto de diez páginas titulado “Rasgo necrológico a la memoria del Dr. D. José Miguel Soler”.

¹ Lista Alfabética de los Abogados recibidos en Chile desde el 13 de diciembre de 1788 hasta el 22 de noviembre de 1899. Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1899, pág. 97.

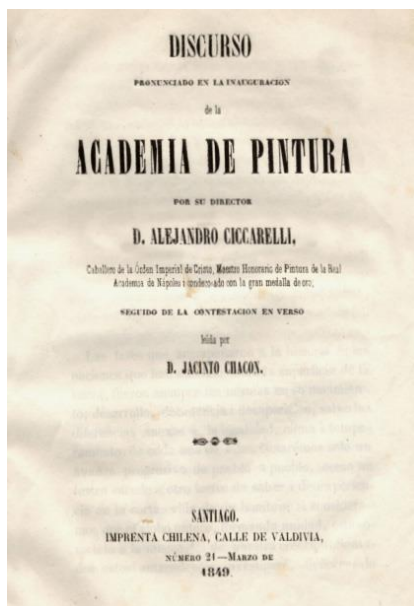
En 1848 hacía clases de elocuencia sagrada en el Convento de la Merced, de Santiago. En cumplimiento de estas funciones, ese mismo año pronunció un discurso en el acto de repartición de premios a los mejores alumnos. Su alocución versó sobre ética cristiana y lo publicó la Imprenta del Progreso, con una extensión de ocho páginas.

Escribió, al año siguiente, un texto que tituló “Curso de Elocuencia Sagrada, dictado en el Convento de la Merced de Santiago y destinado al estudio de todos los eclesiásticos americanos”, cuya primera parte publicó la Imprenta Chilena con una extensión de 264 páginas.

El diario El Comercio, de Valparaíso, publicó un largo comentario sobre esta obra, escrito por un corresponsal que desde Santiago lo envió el 7 de agosto.²

El texto tuvo bastante importancia, al punto que el Gobierno, por decreto del 15 de octubre de 1849 lo adoptó para la enseñanza de la Oratoria Sagrada en los colegios nacionales de la república.³

En ese mismo año, dadas sus inclinaciones humanísticas, participó en la inauguración de la Academia de Pintura que dirigía Alejandro Ciccarelli, en Santiago. La Imprenta Chilena publicó, en un folleto de 27 páginas, tanto el discurso del director como una respuesta que Jacinto Chacón le dio en versos. La obra llevó por título “Discurso pronunciado en la inauguración de la Academia de Pintura por su director Alejandro Ciccarelli: Seguido de la contestación en verso leída por D. Jacinto Chacón”.

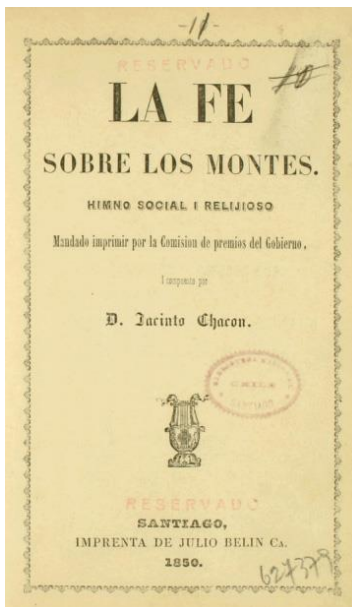


² El Comercio, Valparaíso, 20 agosto 1849.

³ El Araucano, Santiago, 24 octubre 1849.

En 1850, escribió en francés un poema titulado “Hymne a Kossuth”, que fue publicado por la Imprenta de Julio Belín y Cía., con una cantidad de 35 páginas. Sus versos estaban destinados al patriota húngaro, revolucionario de 1848, Lajos Kossuth.

Ese mismo año se dio a conocer un poema suyo titulado “La fe sobre los montes”, de carácter religioso, que fue impreso por la Imprenta de Julio Belín, con el título “La fe sobre los montes: himno social i religioso mandado a imprimir por la Comisión de premios del Gobierno”. Tenía un total de 11 páginas.



Durante 1851, Jacinto Chacón fue corresponsal en Santiago del diario El Mercurio, de Valparaíso, pero en el mes de diciembre de ese año decidió radicarse en el puerto siendo contratado por ese medio de comunicación.

El historiador de El Mercurio relataba este hecho diciendo:

El señor Chacón, joven abogado de la generación literaria de 1842, que ya se había destacado como poeta y escritor de valía, se vino a Valparaíso, y el 4 de diciembre de aquel año inició sus tareas con un artículo en elogio del General Blanco Encalada, Intendente, por aquel tiempo, de Valparaíso.⁴

Una vez que Santiago Godoy dejó la redacción del Mercurio, se hizo cargo de ella Jacinto Chacón, “joven instruido, laborioso y de una aventajada inteligencia”.⁵

Tras la revolución de 1851, en que las fuerzas que pretendían impedir la llegada de Manuel Montt a la presidencia de la república fueron derrotadas en la batalla de Loncomilla, desde el Mercurio Jacinto Chacón redactó editoriales “empapados en ideas de clemencia y concordia.

⁴ J. Peláez Tapia: Historia del diario El Mercurio. Santiago, 1927, página 284.

⁵ El Correo del Sur, Concepción, 16 diciembre 1852.

Censuró la comida dada a Blanco Encalada con ocasión de aquella lucha fratricida, y tuvo que dejar la redacción del diario porteño”.⁶

En Valparaíso se instaló con su oficina de abogado en la calle de la Aduana N°56, frente al consulado de Cerdeña⁷. Compartía oficina con el masón William Gotschalk, quien años más tarde llegó a ser Venerable Maestro de la Logia Orden y Libertad N°3, de Copiapó.

A mediados de 1853, el asesinato de un comerciante francés de Valparaíso conmovió a la opinión pública; más aún cuando se detuvo como sospechoso del crimen a un socio de la víctima. La defensa de este último estuvo a cargo de Jacinto Chacón quien, al culminar el juicio, publicó la obra “Proceso de D. José Santos Bordalí” en la cual probó la inocencia de su cliente.⁸

En 1853 había traslado su estudio al antiguo hotel de Chile, en la calle de la Aduana, en el mismo edificio donde tenía su oficina su amigo José Victorino Lastarria.⁹

Durante 1854 tuvo la representación en Valparaíso para la venta de carbón de piedra procedente de Coronel.¹⁰

En 1856 fue nombrado censor de teatro por la Intendencia de Valparaíso.¹¹

De clara inclinación política liberal, en mayo de 1856 participó en un banquete que se le ofreció al abogado Francisco Vargas Fontecilla, a quien felicitó “por pertenecer al mismo círculo de jóvenes patriotas, entusiastas y liberales, del cual tenía él la honra de ser miembro; los que ya habían dado pruebas de su saber y patriotismo en ambas filas políticas y los que estaban llamados a hacer la felicidad y honra de su país”.¹²

Los días 20 y 23 de septiembre de ese año, El Mercurio publicó su poema “A la memoria del general O’Higgins”.

En noviembre de 1856 tomó sobre sí la tarea de organizar en Valparaíso la Sociedad de Instrucción Primaria, institución formada por particulares para fomentar la educación entre los niños de escasos recursos económicos.

En esos años fue obteniendo diversos nombramientos: En noviembre de 1856, fue nombrado revisor de los libros importados a Chile, junto a Juan de Dios Vergara y Jovino Novoa¹³; en noviembre de 1857 fue elegido Vocal por la Municipalidad de Valparaíso para las Mesas

⁶ Virgilio Figueroa. Diccionario histórico, biográfico y bibliográfico de Chile. Tomo II, página 518.

⁷ El Diario, Valparaíso, 13 enero 1852.

⁸ El Mercurio, Valparaíso, 27 agosto 1853.

⁹ El Mercurio, Valparaíso, 22 septiembre 1853.

¹⁰ El Mercurio, Valparaíso, 2 mayo 1854.

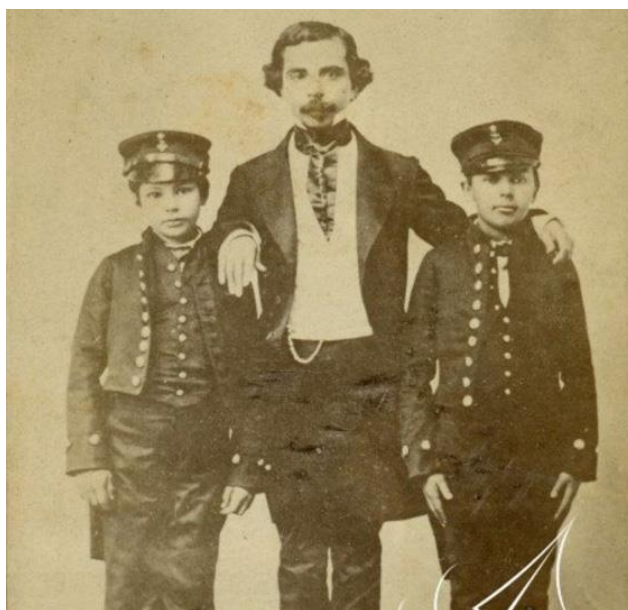
¹¹ El Mercurio, Valparaíso, 15 abril 1856.

¹² El Mercurio, Valparaíso, 31 mayo 1856.

¹³ El Mercurio, Valparaíso, 26 noviembre 1856.

Calificadoras, con motivo de las próximas elecciones¹⁴; a fines de 1857 fue nombrado Jurado de Imprenta para el año siguiente¹⁵; en 1858, la Intendencia lo nombró, junto a Juan de Dios Arlegui y Pedro Pascual Luján, para que inspeccionasen los exámenes que rendirían los alumnos de las escuelas municipales¹⁶.

El 13 de noviembre de 1858 un incendio destruyó su casa, lamentando Chacón la pérdida de sus muebles y libros.¹⁷



Arturo Prat Chacón, Jacinto Chacón y Luis Uribe Orrego¹⁸

En la foto que antecede, posan Arturo Prat Chacón, Jacinto Chacón Barrios y Luis Uribe Orrego, el día de la incorporación de los dos menores a la Escuela Naval en Valparaíso, en 1858.

Arturo Prat era sobrino de Jacinto Chacón, hijo de su hermana María Luz del Rosario Chacón Barrios y de Agustín Prat Barril.

Luis Uribe Orrego era hijo de Juan José Uribe y de Rosario Orrego. Con esta última Jacinto Chacón se casará en 1877.

Para el día 11 de septiembre de 1859 se invitó a los interesados a una reunión en casa de Jacinto Chacón, para organizar la Sociedad de Amigos de la Ilustración, con la finalidad de suscribir el acta de instalación y sancionar algunos artículos de su reglamento.¹⁹

¹⁴ El Mercurio, Valparaíso, 25 noviembre 1857.

¹⁵ El Mercurio, Valparaíso, 7 diciembre 1857.

¹⁶ El Mercurio, Valparaíso, 14 enero 1858

¹⁷ El Comercio, Valparaíso, 29 diciembre 1858.

¹⁸ Original en el Archivo Histórico de la Armada de Chile.

¹⁹ El Mercurio, Valparaíso, 8 septiembre 1859

Aunque las actividades de esta novel institución se vieron interrumpidas temporalmente por el asesinato del Intendente Vidaurre, ocurrido el 18 de septiembre, pronto se reanudaron y el 16 de octubre Jacinto Chacón fue elegido presidente.²⁰

El 8 de noviembre de 1863 nació Claudio Alberto, a quien Chacón reconocerá como su hijo natural en marzo de 1872.

En febrero de 1865 fue padre de Blanca de las Mercedes y de Rosa del Carmen, cuya madre no es identificada en el acta de bautismo.²¹

En 1868 aparece entre los firmantes de la circular que acompaña los estatutos de la Sociedad de Instrucción Primaria de Valparaíso, institución creada “con el único y exclusivo objeto de fomentar la enseñanza y educación del pueblo”.²²

En el mes de noviembre, está en la lista de abogados de Valparaíso que apoyan a los diputados de oposición en su planteamiento de que el Senado carece de competencia para acusar a la Corte Suprema.²³

Durante estos años, Jacinto Chacón había estado trabajando en un libro, cuyo primer volumen apareció en diciembre de 1868, por la Imprenta del Mercurio, de Valparaíso²⁴, con el título “Exposición razonada y estudio comparativo del Código Civil chileno”. La obra, en definitiva tuvo tres tomos y terminó de ser publicada en 1882.

El 1° de julio de 1869 nació Julio Aníbal, a quien Jacinto Chacón reconocerá como su hijo natural, al igual que hace con su hijo Claudio Alberto, ambos procreados “con mujer libre para contraer matrimonio”. El documento notarial se suscribió en Valparaíso, el 13 de marzo de 1872.²⁵

En su actividad pública, en enero de 1869 pronunció un discurso en la ceremonia con que Valparaíso recibió los restos de Bernardo O’Higgins, procedentes del Perú.²⁶

En 1870 preside el directorio de la Compañía de Consumidores de Agua de Valparaíso.²⁷

En 1873 es candidato a la Municipalidad de Valparaíso, por la oposición, sin tener éxito en su elección.²⁸ En el mes de diciembre de 1873 se encuentra entre los convocantes a una reunión

²⁰ El Mercurio, Valparaíso, 16 octubre 1859.

²¹ Valparaíso, Iglesia parroquia Matriz del Salvador. Libro N°22 de Bautismos, foja 4v.

²² La Patria, Valparaíso, 8 noviembre 1868.

²³ La Patria, Valparaíso, 28 noviembre 1858.

²⁴ La Patria, Valparaíso, 15 diciembre 1868.

²⁵ Archivo Notarial de Valparaíso, Volumen 174, foja 141 v.

²⁶ La Patria, Valparaíso, 12 enero 1869.

²⁷ La Libertad, Santiago, 20 agosto 1870.

²⁸ La Patria, Valparaíso, 18 abril 1873.

popular, encabezada por Benicio Álamos González, para pedir la separación de la Iglesia y el Estado, proposición realizada en el Congreso Nacional por algunos diputados.²⁹

En 1874 figura entre los organizadores de una reunión pública, organizada para el sábado 5 de septiembre, en favor de la independencia de Cuba.³⁰

Aproximándose las elecciones de 1876, y como una forma de constatar el apoyo político que concitaba una candidatura presidencial de Miguel Luis Amunátegui, Jacinto Chacón aparece junto a José Francisco Vergara, Francisco Smith, J. D. F. R. Budge, Manuel J. Soffia, Segundo A. Riesco, Ambrosio Andoanegui, Luis A. Lynch, Benicio Álamos González y Federico Santa María, invitando a un banquete en honor de Amunátegui, para el 12 de ese mes. Esto en consideración a la “inteligente, fecunda y perseverante consagración a la enseñanza, y por la entereza con que [Amunátegui] ha sustentado las ideas del progreso en que debe basarse la instrucción”.³¹

Finalmente, el grupo político terminó apoyando al candidato oficialista, Aníbal Pinto.

El 21 de enero de 1876 junto a otros ciudadanos celebra una reunión política, en el Teatro Odeón, de Valparaíso, en la que se pide que los Diputados que se elijan al Congreso Nacional, aseguren que “reclamarán y defenderán las reformas políticas y administrativas que exige el país, y particularmente las reformas político-religiosas, que tanto pueden contribuir al progreso de la república y, en especial, al bienestar y a la felicidad moral de los habitantes nacionales y extranjeros de este puerto”.

Los convocantes agregaron:

Por lo demás, respetamos los compromisos contraídos para la elección de presidente. Desde que ninguno de los partidos tiene elementos bastantes para hacer triunfar a uno de los suyos, bien ha podido cada cual formar alianza con los círculos políticos que más se acercan a sus tendencias y principios. Pero desde que en las elecciones del municipio y del congreso, cada partido tiene fuerzas suficientes para trabajar por sí, su deber los obliga a luchar separadamente.³²

En el ámbito de la literatura, el 17 de junio de 1877 integró la recién creada Academia de Bellas Letras de Valparaíso. Como director fue elegido Juan de Dios Arlegui, quedando Jacinto Chacón en el puesto de Primer Vicedirector. En los demás puestos quedaron Eduardo de la Barra Lastarria, como Segundo Vicedirector, Daniel Lastarria, como Secretario; y Evaristo Soubllette Buroz, como Tesorero.³³

²⁹ La Patria, Valparaíso, 22 diciembre 1873.

³⁰ La Patria, Valparaíso, 4 septiembre 1874.

³¹ La Patria, Valparaíso, 11 febrero 1875.

³² La Patria, Valparaíso, 21 enero 1876.

³³ El Deber, Valparaíso, 18 junio 1876.

El 6 de agosto de 1877, Jacinto Chacón contrajo matrimonio con Rosario Orrego, célebre literata, quien había editado y dirigido hasta dos años antes la Revista de Valparaíso, convirtiéndose en la primera mujer en Chile en tener esa responsabilidad.

Rosario Orrego, además, formaba parte del círculo espiritista del que Jacinto Chacón formaba parte, como se verá.

Uno de los padrinos del matrimonio fue el espiritista José Basterrica; los otros fueron el filántropo Federico Varela y la hermana del novio, Concepción Chacón.³⁴

Lamentablemente el matrimonio duró muy poco, pues Rosario Orrego murió un año y medio más tarde.



Rosario Orrego

En 1884, Jacinto Chacón publicó un folleto titulado “Los conflictos entre la Iglesia y el Estado”, en el que se manifestó contrario a la separación de ambos poderes, por el excesivo poder que alcanzaría el primero de ellos. Propone que se unifique su administración en el Estado, para probar que Chile puede marchar sin obispos y sin la intervención “ya hostil o enojosa de la Santa Sede”.

En 1885 publicó un libro titulado “La lei electoral de 1884 al alcance de todos: Estudio comparativo”, a través de la Imprenta Nacional, en Santiago, con un total de 178 páginas.

A mediados de ese año fue llamado a ocupar el puesto de Diputado suplente al Congreso Nacional por San Felipe de Aconcagua, en representación del partido liberal, permaneciendo en el puesto hasta 1888.

³⁴ El Deber, Valparaíso, 7 agosto 1877.

En 1886 figura entre los electores de Presidente de la República.³⁵

A mediados de 1886, además, publica un interesante librito titulado “La Quinta Normal i sus establecimientos agronómicos i científicos: paseo de estudio”, que dio a las prensas en la Imprenta Nacional, de Santiago, con un total de 211 páginas.³⁶ Con su obra buscó proponer que en el recinto se instalase un segundo Instituto Nacional, “dedicado exclusivamente a la enseñanza de las ciencias físicas i naturales, i las matemáticas superiores”.

Sus publicaciones posteriores fueron:

“La Verdad sobre Orsini: dedicada a las colonias francesa e italiana. Santiago, julio de 1894”, traducción del francés que fue publicada en Santiago, por la Imprenta Mejía, en 1894, con un total de 77 páginas.

Ese mismo año publicó el librito “La moral del Evangelio: Estractada de la Biblia según la versión el Ilmo. Señor Scio de San Miguel”, hecho en Santiago, por la Imprenta Cervantes, con 172 páginas.

En 1895 dio a las prensas un voluminoso libro titulado “Los Hugonotes o la Reforma de Francia: Con dos apéndices relacionados con el Plan de esta obra”, publicado en Santiago, por la Imprenta Moderna, con XXXII más 316 páginas.

En 1896 se publicó su libro “El Catolicismo de la Edad Media: Su organización, sus medios y sus fines. El Catolicismo del Evangelio practicado por los Obispos americanos seguidos de los discursos traducidos de estos Obispos”. La obra fue impresa en Santiago, por la Imprenta Moderna, con un total de XX más 272 páginas.

En 1897 hizo publicar el trabajo que presentó al 4° Congreso Científico General Chileno, realizado el año anterior, con el título “Dios!y el Alma inmortal”, impreso en Santiago, por la Imprenta Moderna, con 40 páginas.

El biógrafo Virgilio Figueroa relató los últimos años de Jacinto Chacón, diciendo:

El 91 no se mezcló en los sucesos políticos, a pesar de que sus inclinaciones eran balmacedistas, lo que sirvió de asidero para que su hogar fuera profanado después del triunfo de la revolución.

Al final de su vida, en que cruzaba las calles de Santiago con unos pasos menuditos como de pequeñuelo y provocaba la admiración de todos, se dedicó a estudios religiosos y publicó *El catolicismo de la edad media* y *El Catolicismo del Evangelio*.

Fue casado con la poetisa doña Rosario Orrego y en su casa y bajo su tutela se educó el que después llegó al almirantazgo de la Armada, D. Luis Uribe.

³⁵ La Patria, Valparaíso, 24 junio 1886.

³⁶ La Patria, Valparaíso, 15 julio 1886.

En sus últimos años, cuando se solidificaron sus ideas religiosas, compuso una poesía, *El alma ante la creación*, que perfila sus convicciones filosóficas y que es una de sus mejores composiciones [...].³⁷

Jacinto Chacón murió en Santiago, a los 78 años de edad, el 7 de junio de 1898. Sus restos fueron trasladados a Valparaíso, donde se les dio sepultura.³⁸

Sus inquietudes espiritistas

El espiritismo, según resumía una revista dedicada al tema, se proponía:

- 1° Probar por medio de fenómenos comprobables la realidad de la comunicación con un mundo de espíritus.
- 2° Demostrar que los espíritus se identifican con las almas de los mortales que antes fueron habitantes de esta tierra.
- 3° Demostrar que el porvenir de todo ser viviente está íntimamente relacionado a su vida terrestre.
- 4° Probar, por medio de una infinidad de comunicaciones, que la vida futura, no es un estado estacionario o final, sino de continuo y eterno progreso.

Estas cuatro proposiciones que envuelve el conjunto de nuestros conocimientos positivos y absolutos acerca del Espiritismo, son las cuatro columnas fundamentales de este gran edificio.³⁹

Rosario Orrego de Uribe (1834-1879), fundó una publicación quincenal en 1873 a la que dio el nombre de Revista de Valparaíso, para escribir sobre literatura, artes y ciencias.

En la Revista de Valparaíso, en su sección “revista de la quincena”, correspondiente a los últimos quince días de enero de 1875, su directora se refirió al espiritismo, actividad a la que se abocaba en Valparaíso, cuando dijo:

Por otra parte, los señores astrónomos han quedado mui atrás, a pesar de haber torturado su mollera para arrancar los secretos a la ciencia; se ha encontrado otro medio más eficaz e infalible que el de la inteligencia humana: la intelijencia de los espíritus manifestada a nosotros por medio de seres especiales que nos sirven de intérpretes entre la tierra y las potencias invisibles. Sin embargo, no todos los espíritus son sabios o instruidos, así como no todos son buenos: los hai golpeantes, turbulentos y malignos. También los resultados de los esperimentos son sumamente variables; dependen del temperamento y de la fe del espectador, del lugar, del tiempo, y más que todo, de las disposiciones morales y físicas del médium.

³⁷ Virgilio Figueroa, op. cit.

³⁸ Registro Civil de Santiago, circunscripción Moneda, Libro de Defunciones 1898, página 18, inscripción N°35.

³⁹ La Revista Espiritista. Tomo I, N°1. Valparaíso, marzo de 1887, p. 3.

Ante los hechos, preciso nos será creer en la comunicación de los espíritus con los hombres.

Se nos cuenta que hace poco en un círculo espiritista en el que tomaban parte algunas señoras, una de ellas reconoció el ruido que hacía al sentarse su marido, muerto un año antes, el que le tomó la mano y se la besó. Otra mano, tibia como un pájaro que acaba de espirar, se posó sobre la frente de un joven, el cual tomó aquella por una caricia de su difunta madre. Otro caballero se puso en comunicación con el espíritu de su padre, y a las primeras contestaciones de este cayó desmayado. Otro pidió a un espíritu que le explicase el credo, y he aquí la explicación tal cual la dio el espíritu evocado:

“Creo en Dios Omnipotente, Padre y creador del universo. Creo en J. C. su hijo, que vino en misión al mundo a esparcir la simiente divina y que para enseñar y difundir la verdad padeció y murió, y con su doctrina descendió al infierno de la ignorancia y de la maldad en que estaba sumergido el género humano; que subió al cielo donde goza de la dicha inefable acordada por el padre. Creo en el Espíritu Santo, emanación de Dios, que ilumina a todo hombre que desea saber la verdad. Creo en la comunión de los hombres buenos, en el perdón de los pecados, en la reencarnación del Espíritu y en su vida perdurable.

“En el Club, Octubre 1º”.⁴⁰

Uno de los principales cultores del espiritismo, en Valparaíso, fue Jacinto Chacón, en cuya casa se hacían las sesiones. En ellas participaba el héroe de la Guerra del Pacífico, su sobrino Arturo Prat Chacón, quien, incluso, levantaba el acta donde se registraban los diálogos con los espíritus⁴¹, y su otro sobrino, Ricardo, hermano del anterior.

Después de su muerte, se creó en Valparaíso un Círculo dedicado al espiritismo al que se le dio el nombre de “Jacinto Chacón”.

El espiritista José Ramón Ballesteros escribió la biografía de Jacinto Chacón en su publicación espiritista “¿A dónde vamos. Revista Mensual de Estudios Psicológicos”, del mes de noviembre de 1903, ilustrada con una fotografía de Jacinto Chacón en sus últimos años.

En su texto, titulado, “Don Jacinto Chacón”, Ballesteros afirmó:

Hace tiempo deseaba muy de veras poner al frente de esta Revista, el nombre de tan esclarecido apóstol del Espiritismo en Chile.

Mi viejo y simpático amigo merece de sobra esta honorífica distinción: compañero de los Basterrica, Eduardo de la Barra, Vieytes y otras no menos ilustradas inteligencias, en la propaganda espiritista, consagró los mejores años de su vida a los estudios morales y psicológicos que diéronle por resultado la publicación de diversas e interesantes obras sobre la materia [...].

⁴⁰ La Revista de Valparaíso, Tomo II, Páginas 397 y 398.

⁴¹ La Revista Espiritista. Tomo I, N°3, Valparaíso, mayo de 1887, pp. 37-39.

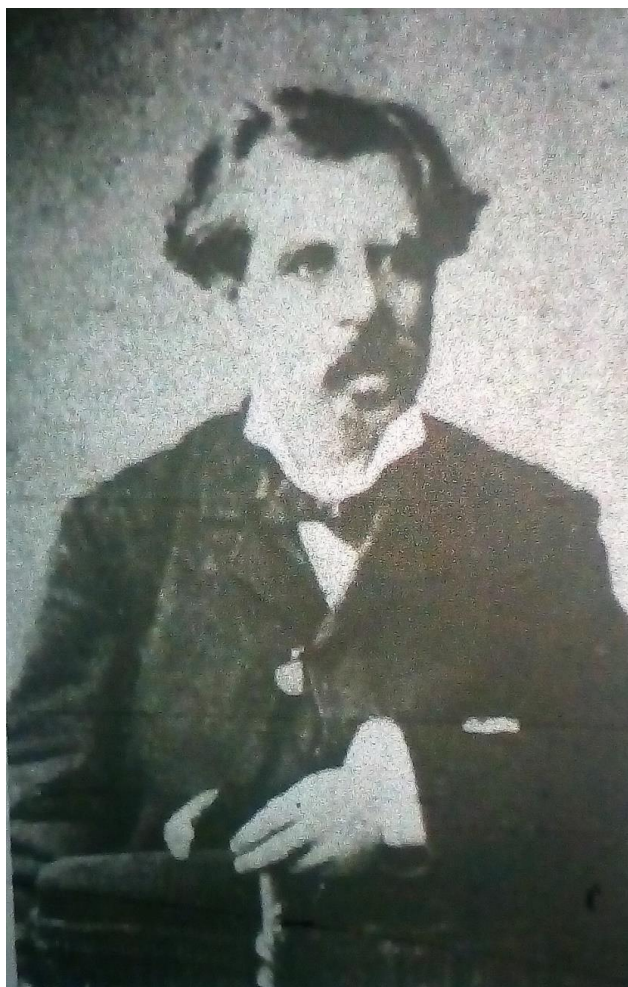
Ballesteros entrega luego algunos datos biográficos y nombra algunas de las obras escritas por Chacón, y, en seguida, agrega:

Con estos libros trató, no solo de ilustrar a los demás, sino también de propagar y defender los principios del Espiritismo.

Finaliza el artículo diciendo:

Don Jacinto Chacón abandonó su envoltura material el 7 de Junio de 1898, elevándose a las regiones luminosas en que moran los espíritus superiores, después de haber llenado superabundantemente la misión que se le había confiado en la tierra.

Esta revista cumple hoy con uno de sus más grandes deberes, colocando el retrato de don Jacinto Chacón en su primera página.⁴²



Jacinto Chacón Barrios en sus últimos años

⁴² "Don Jacinto Chacón". ¿A dónde vamos? Revista Mensual de Estudios Psicológicos. Año II. N°13. Santiago, 1° noviembre 1903, pp. 1 y 2.

DISCURSO DE EDUARDO DE LA BARRA LASTARRIA
CON OCASIÓN DE LA REINSTALACIÓN DE LA ESCUELA PARA NIÑAS “MERCEDES MARÍN”
DE LA SOCIEDAD DE INSTRUCCIÓN PRIMARIA DE SANTIAGO
EN AGOSTO DE 1870⁴³

Señoras y señores:

¿Qué significan los colores de la patria y las flores que adornan estas sencillas paredes; qué la música que alegra los corazones; qué esta concurrencia que estimula? Todo se asocia para celebrar una fiesta, bien modesta es cierto, pero de alto significado social. Asistimos a la consagración de una escuela, verdadero templo donde se redime de la ignorancia. Aquí el pueblo educa al pueblo; aquí el que sabe tiende la mano al ignorante, le arrebató a las tinieblas y abre ante su vista muchos y nuevos horizontes de luz, de verdadera vida.

Cuando el precepto de *enseñar al que no sabe* se mire como un deber y que todos se apresuren a cumplirlo, entonces habremos desparrramado la luz que doma a la ignorancia; entonces habremos realizado la democracia verdadera, porque de la ilustración general es fuerza que nazca la más amplia libertad.

Pero, vosotras, tiernas niñas, no estáis en estado de comprender lo que he dicho, y en esta fiesta especialmente vuestra, a vosotras debo dirigirme de preferencia.

Quisiera saber hablar vuestro sencillo lenguaje para haceros comprender toda la importancia de la educación de la mujer, que hoy niña y mañana madre tiene la sagrada obligación de dar a su hijo las primeras lecciones, esas lecciones de la casa que jamás se olvidan y que tienen tan poderosa influencia en la suerte del hombre.

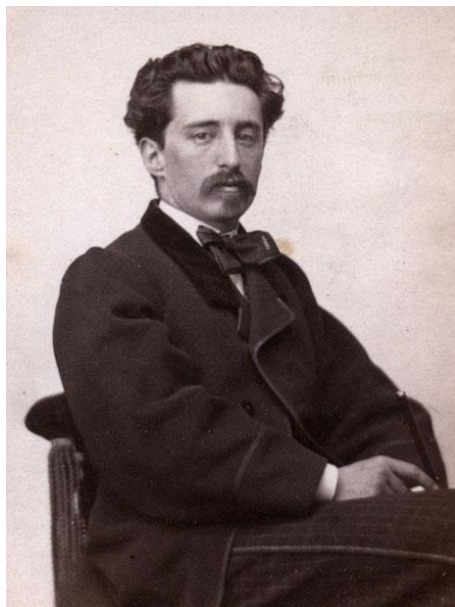
Pero, ¿cómo podrá la madre enseñar al hijo si ella misma no sabe? – He ahí, pues, a la niña que no fue a la escuela o que en la escuela nada aprendió, imposibilitada para cumplir tan dulce deber, criando hijos ignorantes para que los devoren los vicios i las cárceles.

Voy a presentaros un cuadro gráfico, un ejemplo material que grabe en vuestra memoria la idea principal que hoy quiero transmitir.

¿Nunca habéis estado solas en una pieza oscura? Qué de temores involuntarios! Habréis visto fantasmas silenciosos que pasan a vuestro lado, que se mueven, que vienen y van, y que os miran, y os amenazan. Allí hay un ojo de fuego siempre abierto, aquí un brazo suspendido pronto a caer, apartáis la vista y allá comienza a levantarse un amortajado como que va saliendo de la sepultura... Pero tened valor, prended un fósforo: - todo desapareció – Eran fantasmas creados por la oscuridad. Vosotras mismas acaso reís de vuestros propios temores cuando veis que el

⁴³ Publicado en el diario La Libertad, Santiago, 16 agosto 1870. (Se ha modernizado la ortografía, para una mejor comprensión del texto).

terrible amortajado es vuestro vestido de gala, y que el ojo amenazante no es más que el último carbón encendido del brasero!



Eduardo de la Barra Lastarria

Lo mismo sucede con la ignorancia, es una espesa oscuridad que nos envuelve, en que se mueven y se agitan todos los fantasmas de las preocupaciones, y todos los temores infundados que enferman y que aniquilan el espíritu. Que no daría el ignorante por salir de esas pésimas tinieblas que turban su vida entera! Qué daría por tener un fósforo salvador que prender a tiempo! – Pues lo tenéis: ese fósforo es la enseñanza que recibís en esta escuela; es todo buen libro que ilustra. En ellos encontráis una fuente de luz, una lámpara perpetua que os acompaña, y un alimento sano para la inteligencia y para el corazón.

Las mujeres, casi siempre, estiman sobre todas las cosas la belleza física, la hermosura de la cara; pero, esa belleza es como los colores de la mañana que se van muy pronto. ¿Y tiene la pobre mujer con que reemplazar esa prenda tan frágil? Si hay en la mujer una constante juventud, una prenda que nunca se marchita, que nunca muere, que jamás pierde su elevado precio: es la doble belleza del corazón y de la inteligencia. La virtud y el saber, flores delicadas que no nacen solas y que necesitan de esmerado cultivo.

Aquí en la escuela recibís los instrumentos y las instrucciones necesarias para para cultivar esas flores delicadas y de tan alto precio que constituyen la base de la felicidad. Aquí se os enseñan verdades útiles para la vida. A vosotras toda aumentar su caudal, buscando nuevas verdades en la buena lectura, que es un perpetuo maestro. Aquí se os enseñan vuestros deberes: cumplidlos, y vuestra conciencia estará tranquila y satisfecha.

Trabajad, aprended, cumplid vuestros deberes y seréis la buena mujer que hace al buen marido, que cría buenos hijos y que es la felicidad de la casa, en donde luego que entra desaparece la miseria y los vicios y nacen como por encanto el orden, la abundancia y la alegría.

Debo advertiros además, que gran parte de esa felicidad que todos anhelamos, consiste en que cada cual se conforme con la posición que ocupa. Muchas veces nos hace desgraciados la falsa idea de que la felicidad está lejos, muy lejos, fuera de nuestro alcance y esto nos desalienta para buscarla en nuestra propia casa, a nuestro propio lado, en donde las más veces no la vemos porque no queremos.

Esto no es decir que no debéis aspirar a elevaros, a mejorar de condición. Al contrario, debéis procurarlo, siempre que para conseguirlo no uséis más que los medios humanos y legítimos que estén a vuestro alcance. Pero la mujer ignorante ¿cómo lo conseguiría? Ella no es más que un gusano destinado a arrastrarse. Solo son dignas de elevarse las mujeres virtuosas e instruidas, que han sabido desplegar lindas alas de mariposa con que mecerse en los aires.

¿No habéis oído, niñas, el cuento de la Cenicienta? Ese es un ejemplo de cómo a la pobre niña humilde y despreciada le valieron más sus buenas prendas que todas las riquezas de sus hermanas orgullosas.

¿No habéis leído en la historia del pueblo hebreo, de aquella Rebeca compasiva que dio de beber al viajero fatigado y a los camellos de su caravana? Ya sabéis cuál fue su recompensa!

Más tarde, si acaso registráis la historia de la humanidad, veréis que muchas mujeres por sus virtudes y su saber han roto la modesta oscuridad de su cuna para sentarse sobre las gradas del trono, desde donde han gobernado poderosos imperios, o para llenar el mundo con la celebridad de sus nombres.

Así las modestas violetas que perfuman nuestros campos también suelen hallarse en las cumbres de los Andes, en los parajes mismos donde anidan las águilas.

Todavía un ejemplo, una última enseñanza y voy a terminar.

Un hombre que nació con buena vista un día se vendó los ojos y se dejó conducir por un niño, como podría hacerlo un ciego.

Todos al verle decían: “Este es un necio! Alguna desgracia le va a acontecer!” Y así fue: hombre y niño caminaban a orillas de un río caudaloso; y, por un descuido, rodó el niño, arrastró al hombre en su caída, y ambos desaparecieron en la corriente para no volver a aparecer jamás.

Yo os digo que lo mismo es el ignorante. Ha nacido con ojos y no ve: puede pensar por sí solo; prefiere que otros piensen por él, y acaso que lo pierdan.

Niñas, no imitéis al necio. Tened más confianza en vuestras propias fuerzas y en todos los asuntos de la vida pensad por vosotras mismas. Si recibís consejos, aprended a distinguir el bueno del malo y sabed elegir.

La regla para acertar es bien sencilla. ¿Queréis un consejero fiel? Consultad siempre vuestra conciencia; pero cultivadla siempre procurando saber hoy más que ayer, siendo hoy más buenas que ayer. Respecto a vuestros deberes para con los demás: - amad a todo el mundo; no hagáis mal a nadie; haced todo el bien que podáis.

Recordad que la doctrina de Jesús, que profesáis, es doctrina de paz, de caridad y de amor; y si alguna persona, por caracterizada que se sea, os enseña lo contrario, no le creáis, porque esa persona, quien quiera que sea, no es superior a Jesús.

Solo debéis aborrecer la ociosidad, la ignorancia, la mentira, que engendran tantos vicios; pero nunca a vuestros semejantes a quienes debéis amor, y mucho amor. No creáis el mal que se diga de nadie antes de ver por vuestros propios ojos, antes de juzgar por vuestra propia razón. No imitéis en esto a los necios que son incapaces de ver por sí solos.

Si os repiten, lo que tantas veces he oído: “aborreced al protestante; los *rojos* son unos criminales abominables que quieren la perdición del país; negadle el fuego y el agua al hereje”, observadles dulcemente: que vuestra conciencia os dice lo contrario; que vuestra religión os manda amar a todos como a hermanos, sin excepción; que en la escuela así os lo enseñaron a nombre de Jesús, y que así también os lo ha repetido un rojo y un hereje, que tiene su conciencia tranquila, y que desea ardientemente la educación del pueblo, porque ve en ella la felicidad y el engrandecimiento de su patria!

Documento.- *El siguiente texto está tomado del diario La Patria, de Valparaíso, reproducido por La Libertad, de Santiago, el 1° de marzo de 1871. La inauguración del busto del VH Blas Cuevas Zamora se realizó el domingo 26 de febrero de 1871.*

INAUGURACIÓN DEL BUSTO DE BLAS CUEVAS EN EL HOSPITAL DE CARIDAD DE VALPARAISO 1871

Una concurrencia numerosísima, compuesta de los vecinos más respetables de Valparaíso, del intendente de la provincia y de varios jefes de casas de comercio, ocupaba el sábado, a las dos de la tarde, el primer patio del hospital de caridad.

¿Qué reunía a tan escogido número de personas en un lugar frecuentado solamente por enfermos desvalidos, que van en busca de un lecho de dolor o de muerte?

No otra cosa que una fiesta tan significativa como modesta, en favor de un hombre de bien, de un hombre caritativo que consagró una buena parte de su existencia al servicio de la humanidad doliente.

Se trataba de inaugurar un pequeño busto que perpetuara la memoria del finado don Blas Cuevas, y un simple aviso en los diarios bastó para llevar al establecimiento que más debe al malogrado filántropo a lo más respetable del vecindario. Como a las dos y media de la tarde, el señor intendente descubrió el pequeño monumento en que el artista ha sabido esculpir con un raro talento las dulces y simpáticas facciones del señor Cuevas.

Al instante el distinguido abogado don Juan de Dios Arlegui pronunció un magnífico discurso en elogio del finado, y el señor Matta, don Guillermo, una calurosa composición poética, acompañada de cortas, pero elocuentes frases.

Terminada la ceremonia, la concurrencia se retiró en gran parte y el resto se distribuyó por las salas del hospital, admirando el perfecto arreglo en que se encuentra ese establecimiento que tan importantes servicios presta a la clase desvalida.



Busto que se conserva en la Escuela Blas Cuevas, de Valparaíso

El discurso de don Juan de Dios Arlegui es el que sigue:

Señores:

No hace todavía un año, lo recordáis estoy cierto, que cuanto hay de notable en la sociedad de Valparaíso, se reunía en el cementerio de esta ciudad y con semblante dolorido se agrupaba en derredor de una tumba. ¿Llevaba a semejantes sitio a tan números cuanto escogido concurso solo la obligación en que está todo hombre de conducir a su última morada los restos mortales del deudo a amigo que le ha precedido en el camino del sepulcro? No, señores. La causa principal de aquella numerosa concurrencia, era la necesidad que cada cual sentía, el religioso deber en que todos se encontraban, de dar el último adiós a uno de esos seres que han tenido la suerte de hacer su paso por el mundo, conquistándose el cariño entusiasta de los que le trataron íntimamente, la admiración de muchos y el respeto de todos.

El recuerdo de ese mismo hombre tiene el envidiable poder de reunir por segunda vez un concurso tan escogido y numeroso como aquel; y si es cierto que no es el cementerio el lugar que hoy le da cita, ni se advierte en el semblante de los que lo componen las huellas del punzante dolor que entonces despedazaba sus almas; también lo es que eso no procede sino de la diferencia que existe entre una y otra ceremonia.

En aquella se trataba de solemnizar la inhumación del cadáver de un ser humano y la naturaleza pagaba su tributo de lágrimas y dolor a esos restos de inerte materia, que, volviendo a la tierra, volvían al seno de donde salieron.

En los once meses transcurridos entre aquella y esta ceremonia, la razón se ha superpuesto a los sentimientos del corazón. Todos hemos comprendido que la muerte es condición de la existencia y que el principal dolor de los que quedan, antes que llorar siempre y sin consuelo a los que han sido, es eternizar su memoria y el recuerdo de sus virtudes, para consuelo y ejemplo de los que vengan después.

Por eso todos los que concurrís a la inauguración del busto que ha de dar a conocer, a las más remotas generaciones, al hombre que honró a la humanidad con sus virtudes, asistís con la satisfacción y plácida tranquilidad del que se halla profundamente convencido que paga una deuda de gratitud y cumple, por consiguiente, con el primero de los deberes del hombre civilizado.

II

¿Pero quién es el que así supo merecer los honores que se le tributan? ¿Inmortaliza hoy la más activa población de la república, la memoria de alguno de los gloriosos héroes de la independencia nacional; de alguno de sus hombres ilustres en las letras o en la política? No, señores: vosotros sabéis que no es objeto de nuestros homenajes ningún personaje de esa especie. Nos reúne en este lugar el recuerdo del malogrado señor don Blas Cuevas y al pedir al arte que ilustró el inmortal Miguel Ángel los medios de legar a las edades futuras la imagen, el recuerdo vivo de ese hombre, puedo decir, tratamos de eternizar las virtudes de una existencia modesta, de un hombre honrado que como nadie comprendió y practicó la religión del deber.

Por lo demás, Cuevas vino al mundo muy tarde para poder figurar entre los héroes de la independencia nacional, y vio la luz en el seno de una familia muy desprovista de medios de fortuna para que pudiera adquirir la cultura intelectual indispensable, a que solo podía hacerlo figurar en el campo de las letras o de la política.

Sin eso, no es posible calcular cuál habría sido la parte que le hubiera cabido en los acontecimientos que prepararon y consumaron la emancipación de la América entera, y su influencia en nuestra literatura y organización política. Su gran corazón y despejada inteligencia, su profundo amor al bien, su constancia en el trabajo, y, sobre todo, el sentimiento del deber, que tan completamente lo dominaba, lo habrían conducido, sin duda alguna, en cualquiera de esas

esferas de acción, al puesto culminante que supo alcanzar en la de padre de familia y simple ciudadano.

Don Blas Cuevas nació en Lima el 3 de febrero de 1817, y tuvo por padres a don Juan de las Cuevas, español de nacimiento y a doña Dolores Zamora, chilena. Vino a Valparaíso a la edad de dos o tres años y, cuando apenas contaba nueve, quedó huérfano de padre y madre.

En tan triste situación no tuvo otro amparo que el de su abuela materna, doña Josefa Márquez de Zamora, señora pobre que no pudo atender sino imperfectamente a su educación y que, no obstante eso, Cuevas se vio obligado a cortar, siendo niño todavía, para pedir a un incesante trabajo los medios de asegurar su propia existencia y la de su abuela, esa respetable señora a quien debiera los servicios y cuidados de una madre cuando se encontró solo en el mundo.

Muy joven aun contrajo el compromiso más serio de la vida de un hombre: enlazó su suerte a la de la señora doña María Mateus y entró, por consiguiente, a constituir una familia. Desde ese momento trabajó con el esfuerzo y constancia que le eran propios por obtener lo bastante para educar correspondientemente a sus hijos y labrarse una posición de fortuna que, asegurando su propia independencia, permitiese a los que debían llevar su nombre, trabajar después con más desahogo que lo que él lo había hecho. Lo consiguió al cabo de veinte años de penoso y asiduo trabajo.

III

Pero no por eso dejó don Blas Cuevas de ocuparse activamente. Para hombres dotados de los sentimientos y laboriosidad como él, el trabajo es un deber de la humanidad, y concluido el destinado a conquistar la posición independiente de su familia, quedaba el que debía procurar el alivio del desvalido. Para completar el primero había necesitado veinte años, pues su extremada munificencia para con los necesitados había abierto más de una brecha a su modesta fortuna; para terminar el segundo le habría bastado la mitad.

Cuevas hizo del establecimiento en que nos reunimos actualmente el objeto de los esfuerzos de su ardiente caridad, y, examinando lo que hizo en su favor en cinco años escasos que duró su administración, estoy seguro que no encontraréis exagerado que diez años le hubiesen bastado para asegurar la fortuna del pobre y desvalido enfermo, poniendo a cubierto contra toda emergencia desfavorable, la existencia de un asilo cómodo y bien atendido, donde pudiera encontrar, si no siempre remedio a sus males, por lo menos alivio a sus dolencias y los auxilios que hacen menos cruel y terrible la muerte.

Don Blas Cuevas fue nombrado administrador del hospital de caridad de Valparaíso, en agosto de 1865. Al tomar posesión de su empleo, encontró a este establecimiento agobiado de deudas y con un fuerte déficit en su presupuesto. Semejante orden de cosas era insostenible. Al continuar pocos meses más, el hospital, que ya servía muy imperfectamente a su objeto, habría

tenido que cerrar definitivamente sus puertas. El nuevo administrador comprendió que aquello no podía suceder, y empezando por cubrir de sus propios fondos los compromisos más urgentes, dio principio, con admirable actividad y constancia, a esa noble cruzada en favor de los intereses del hospital, que llegó a ser para él una idea fija y que constituyó la ocupación incesante del corto período de su provechosa administración. Puso en juego no solo sus esfuerzos personales, sino los de su familia, amigos, simples conocidos y hasta sus relaciones comerciales. El resultado fue que el año 66 concluyó para el hospital, de una manera que no era dado esperar, el estado de ruina que presentaba en agosto.

El impulso estaba ya dado. El infatigable señor Cuevas había logrado hacer sentir en toda su magnitud, al vecindario y comercio de Valparaíso lo crítico de la situación del hospital, y el año de 1866 se iniciaba, corriendo una suscripción en favor de aquel, que gracias al celo de su promotor y a los nunca bien agradecidos servicios de la respetable comisión del comercio de esta plaza que compartió con él esa enojosa tarea, produjo la fuerte suma de ps. 20.265,87.

Tan satisfactorio resultado no sirvió sino de nuevo estímulo al celo del administrador del hospital y, sin dejar de procurar las oblaciones de las personas caritativas, sin desatender la administración y buen orden interior del establecimiento, se propuso conseguir que legalmente se sacara al hospital de la situación precaria en que se encontraba, a fin de que asegurados los elementos de vida propia o independiente, pudiera dedicar, sino todos, una gran parte, al menos, de los fondos colectados en el comercio y vecindad de Valparaíso, al ensanche del edificio, lo que ahorraría a su administrador el sentimiento de cerrar sus puertas a infelices que, no admitidos por falta de local,, expiraban antes de haber vuelto a sus miserables hogares.

La ley de 15 de setiembre de 1865, dictada por el congreso nacional y promulgada por el ejecutivo en el curso de ese año, pero cuyos efectos no era posible apreciar sino en 1867, tuvo por principal e infatigable promotor al señor don Blas Cuevas. Esa ley tiene un carácter general; pero en su principio tuvo solo por objeto el hospital de Valparaíso. El proyecto que le dio origen fue el presentado en ese año por el diputado por Valparaíso, señor don Domingo Santa María, que supo comprender así los generosos esfuerzos del administrador de este hospital, como la justicia con que se pretendía sacar a fundaciones, de la importancia de los hospitales, de la incomprensible mísera condición en que se encontraban. Por eso fue que la idea surgida en el seno de la cámara de diputados de hacer un proyecto de ley especial, una ley general que beneficiara a todos los hospitales que alcanzaban la poco envidiable situación del de Valparaíso, mereció la más ferviente acogida de parte del señor Santa María y el valioso apoyo de su elocuente palabra.

Los resultados de su expresada ley de 15 de setiembre de 1865, que tantos esfuerzos costaran a don Blas Cuevas, proporcionaron a éste la satisfacción de ver cumplidos sus más ardientes deseos. El producto del derecho de tonelaje que se imponía a los buques que entraran a la bahía, unido a las cantidades que el tesoro nacional y el de esta municipalidad destinan anualmente al hospital, bastaban a satisfacer sus necesidades y era, por consiguiente, posible dedicar los fondos oblados por la caridad pública, al ensanche y mejora del local.

A ese fin se encaminaron desde entonces sus esfuerzos, y tal fue el empeño con que trabajó en ese sentido, que al desaparecer para siempre del campo de sus humanitarias glorias había alcanzado a reunir la cuantiosa suma de 51.791 pesos 36 centavos. Y deduciendo de ella 511 pesos 33 centavos que se pagaron al arquitecto que se ocupó del trabajo de los planos para el nuevo edificio, y 50 pesos que se gastaron en una cocina para los pobres, quedó reducida a 51.197 pesos 3 centavos, que a la muerte del señor Cuevas fueron entregados por su hijo, don Blas 2° Cuevas, al señor tesorero departamental y con los cuales se atiende a los trabajos de construcción que actualmente se practican.

IV

A grandes rasgos, pues no permiten otra cosa los estrechos límites de un discurso, tal fue señores, el hombre y tal el administrador que tuvo el hospital de caridad de Valparaíso, desde agosto de 1865 hasta el 18 de marzo de 1870. Los actos con que señaló su administración, que no he hecho sino bosquejar imperfectamente, pues he dejado en completa sombra sus trabajos de organizador, bien merecen el tributo que hoy pagamos a su memoria.

El busto que en este momento colocamos transmitirá a las más remotas edades el nombre de don Blas Cuevas y el recuerdo de sus virtudes. Y los que visiten este establecimiento que, de hoy más ostentará ese busto con orgullo, no solo bendecirán la ardiente caridad de un hombre honrado, modelo de abnegación y encarnación del deber, sino que tendrán mucho que agradecer a los que le conocieron y, apreciando sus relevantes méritos, tuvieron la feliz idea de hacer imperecedero su nombre. Entre estos nadie merecerá tanto ese agradecimiento, como el comercio de Valparaíso que promovió la suscripción que debía costear el modesto monumento inaugurado hoy y la comisión encargada de realizar el pensamiento.

A nombre del hospital de Valparaíso y de los amantes de la humanidad, doy las más expresivas gracias a los que concibieron y pusieron los medios de realizar la idea que tendía a inmortalizar el recuerdo del caritativo don Blas Cuevas, colocando su busto en el teatro mismo de sus hazañas.

Y cumpliendo por mi parte con un imprescindible deber, permitidme, señores, manifestar mi más profundo agradecimiento a la comisión que me hizo el alto honor de designarme para dirigiros la palabra en esta ceremonia y hacer el elogio de un hombre que no lo necesitaba, ciertamente, para cimentar su gloria de filántropo; pero que siempre encontrara en ella la expresión convencida de un testigo ocular, que se complace en declarar que, como nadie, reconoce la justicia con que la población entera de Valparaíso se asocia a la idea de poner a cubierto de un injusto e inmerecido olvido, la memoria del siempre sentido y de hoy en adelante, gracias a vosotros, señores, debidamente apreciado don Blas Cuevas.

Documento.- El siguiente texto está tomado del diario La Libertad, de Santiago, 28 de febrero de 1871, que reproduce el texto del diario La Patria, de Valparaíso.

POESÍA DE GUILLERMO MATTÁ
PRONUNCIADA EL DÍA DE LA INAUGURACIÓN DEL BUSTO DE
BLAS CUEVAS

Publicamos en seguida la hermosa composición pronunciada por don Guillermo Matta en la colocación del busto del señor don Blas Cuevas, que se verificó el domingo último en el hospital de caridad de Valparaíso.

EL HOMBRE DEL DEBER

Estrofas pronunciadas en el acto de inaugurar el busto de don Blas Cuevas

I

La virtud es la cima del poeta!
Desde esa augusta cima
Ve lo inmenso; en las almas interpreta
El anhelo inmortal que las sublima;
Ala pujante y misterioso acento
Que el fatigado atleta reanima
Y para heroicas luchas le da aliento!
Oh! cuán grande es el hombre
Que funda el pedestal de su grandeza,
Virtud, solo en tu nombre!
Deber, en tu invencible fortaleza!
Allí hecha raíz el bien que no caduca
Y que con frutos de inmortal belleza
Enseña la verdad y al pueblo educa!
Monumentos-altares,
Que no insulta el furor de los tiranos,
Que respetan las iras populares,
Eso hacen, oh virtud, tus santas manos!

II

Eso han hecho contigo! Para honrarte,
De diversas naciones hombres vienen,
Y ante tu noble faz que evoca el arte
Los respetuosos ojos se detienen.
Quiénes son? En qué parte?
En qué valle lejano su hogar tienen?

Todos son hombres, todos tus hermanos,
Todos son lo que tú eras,
Todos son de una patria, ciudadanos!
Patria de Dios sin guardias ni fronteras,
Patria de Dios, que abraza a las naciones
Con vínculos de amor y de justicia,
Con lazos de magnánimas acciones;
Que no siembra barbarie con cañones
Ni mentida verdad con sangre inicia!

III

Y honra al Creador quien honra la memoria
Del hombre-caridad, del hombre justo;
Suenan el aplauso de terrestre gloria
Como himno religioso en templo augusto!
Que el deber las naciones santifica
Y encarna lo divino;
Humana redención que purifica,
Sol que conduce a un inmortal destino!
Cuevas tuvo, en su mente y su conciencia,
Esa luz y ese ejemplo, en el fecundo
Rayo de la creencia
Amó el deber y combatió en el mundo!

IV

Nunca en su alma las puertas se cerraban
Que en ellas vigilaba el beneficio;
Para él no hubo imposibles;
Los males más terribles
Medicina y amparo en él hallaban.
De la orfandad las lágrimas, del vicio
Las lepras invisibles
Nunca en vano imploraban!
Incansable en su diario sacrificio
Por do quiera vertía
Ofrendas, que los duelos consolaban,
Sata limosna, ardiente simpatía!

V

La bondad, que a lo grande nos eleva,
Sonreía en su rostro, ardía en su alma;
Cada acción le infundía fuerza nueva.
Y como un mar en calma
Que ocultos ríos lleva,
Se agitaban corrientes interiores,

De su vida, en los pliegues más ignotos;
Que al sufrir como propios, sus dolores,
La caridad le acerca los remotos!
Apóstol del trabajo, el pueblo ha visto
Su honrada libertad en su doctrina;
Palabra viva de la ley de Cristo
Aun hoy es verbo que en su amor germina!

VI

Y en rancho humilde y en soberbia sala,
Igual era su mano y su cariño;
Mano franca que dádiva regala
Con la inocencia cándida de un niño.
Donde el gemido hiere
Su corazón, él va; preces tranquilas
No vanas pompas quiere;
Sacerdote, en el lecho del que muere,
Su tierna mano cierra sus pupilas.
Que él no exhibía en ferias
La ingrata fealdad de las miserias
Para mover los ánimos cobardes!
Modesto en su riqueza
Con modesto esplendor usarla supo;
Cupo en su alma el amor de la pobreza,
El desdén del soberbia nunca cupo!

VII

Sacra aureola de eternas bendiciones
Ceñirán en tu busto
Otras generaciones.
La nuestra te honra como se honra un justo!
Hoy que diestro cincel la piedra anima
Aquí, en esta morada
En que el alma se orienta y se sublima
Por excelsas miradas inspirada;
Aquí, en esta morada
En que tu ejemplo enseña
Virtud que el hombre en su constancia empeña;
Aquí, en medio de acerbos aflicciones
Y de medroso espanto,
Mi voz no alza en tu flor fúnebres sonos
Ni sordas quejas que interrumpe el llanto;
Yo vengo a dar con nobles corazones,
Al hombre un lauro, a la virtud, un canto.

DOCUMENTO

Con ocasión del fallecimiento de José Francisco Vergara, la Revista del Progreso, de Santiago, publicó dos artículos en su homenaje. El primero fue escrito por Luis Barros Borgoño, secretario del Club del Progreso, entidad creada por destacados personeros del liberalismo, y el otro por el historiador Diego Barros Arana.⁴⁴

Ninguno de ellos era masón.

Para una mejor comprensión del texto se ha modernizado la ortografía.

DON JOSÉ FRANCISCO VERGARA

El quince de febrero último falleció en su estancia de Viña del Mar el señor don José Francisco Vergara. Hacía tiempo que su vigorosa existencia se hallaba minada por una enfermedad mortal. Desde que el señor Vergara comprendió el triste fallo que pesaba sobre él, quiso buscar en el retiro de la vida del campo la tranquilidad que necesitaba su enérgica naturaleza, la que, al fin, ha caído doblegada bajo el peso de los sacrificios y de los duros trabajos a que sin tasa la había sometido durante los penosos años de la guerra del Pacífico.

El señor Vergara dejaba al mismo tiempo el mundo activo de la política, que había penetrado en todas sus profundidades, apurado en sus más variadas emociones y conocido en sus grandezas como en sus miserias. Había sentido muy cerca de sí toda esa atmósfera enervante que envuelve fácilmente a los hijos afortunados de la gloria, y podía decir con verdadera satisfacción que su personalidad había salido incólume de aquella peligrosa prueba. Había ejercido el poder en circunstancias que su nombre y su prestigio habrían podido hacer de él un caudillo político invencible, y de nuevo su entereza de carácter le había permitido salvar noblemente los escollos de esa delicada situación. Los méritos adquiridos en la campaña y los servicios tan eminentes con que tenía obligada la gratitud nacional, fueron puestos desinteresadamente al servicio de la causa liberal y del movimiento político de 1881.

En esa época el señor Vergara ocupaba por derecho de conquista el primer puesto en la estimación y en el aprecio de sus conciudadanos. Su nombre, que desde largo tiempo atrás era justamente conocido por las sólidas cualidades de carácter que le adornaban, por su entereza de convicciones y por su invariable rectitud de juicio, había adquirido esa merecida y cariñosa popularidad que su espada de ciudadano armado le había sabido ganar en los campos de batalla de la reciente guerra.

Los conocimientos que el señor Vergara había sabido atesorar cuidadosamente y la rígida disciplina moral, a que se hallaba habituado, le permitieron desempeñar con extraordinario acierto y lucidez los más variados y delicados cargos de aquel ejército en campaña. Su palabra ilustrada y persuasiva fue siempre escuchada con respeto en los consejos militares, como fue

⁴⁴ La Revista del Progreso. Tomo II. Año I. N°13 y 14. Santiago, 1° y 15 marzo 1889.

admirada su bravura y su imperturbable serenidad en los diversos combates en que se encontró. De esta suerte pasó de secretario del general en jefe a comandante de la caballería, y de este puesto al de ministro de la guerra en campaña. En este elevado cargo cúpole el alto honor de contribuir ante el gobierno con toda la influencia de que podía disponer a la resolución de la campaña a Lima, que él en persona se encargó, en seguida, de apresurar y de llevar a feliz término.

Los anales militares de nuestro país pueden recoger con legítimo orgullo los rastros gloriosos que aquel soldado ciudadano dejó marcados en las diversas etapas de la guerra del Pacífico. La acción de Vergara se hizo sentir durante aquella larga lucha bajo las formas más variadas e importantes. Con la mayor previsión y acierto en los reconocimientos y exploraciones del territorio enemigo, con sin igual bizarría y extraordinario valor en los momentos del peligro, y con exquisito tino y rara sagacidad en el consejo y en la dirección de las operaciones militares, Vergara encarnó en su poderosa vitalidad las aspiraciones, los deseos y la enérgica voluntad de un pueblo tranquilo y laborioso que se había visto forzado a entregar su porvenir y sus futuros destinos a la suerte de las armas. Vergara manifestó con deslumbradora evidencia lo que es capaz de realizar el patriotismo cuando se halla servido por un espíritu superior y por una voluntad indomable. El juicio de sus contemporáneos no es sino el fallo anticipado que la historia habrá de dictar más tarde al consignar en sus páginas justicieras todos los servicios prestados a la república por aquel distinguido ciudadano.

Hoy por hoy solo queremos depositar sobre la tumba que acaba de cerrarse, el testimonio más respetuoso y más sentido de nuestra condolencia por la irreparable pérdida que ha sufrido el país. Serían estrechas las páginas de esta *Revista* y muy escasos nuestros momentos para trazar aunque fuera a grandes rasgos los perfiles de aquella figura prominente de nuestra sociabilidad.

Podrían, en efecto, recordarse y puntualizarse debidamente los méritos contraídos por Vergara en la gloriosa guerra de 1879; pero, aquella faz de su vida solo fue accidental, y tan brillante como es, no importó para él otra cosa que el estricto cumplimiento del primero de sus deberes cívicos.

Pero Vergara fue además un hombre público de primera magnitud y un político tan honrado como convencido. Tales prendas permitieron que Vergara fuese designado en un momento de noble entereza de los elementos liberales de este país y de legítima asociación de los más prestigiosos corifeos de aquel partido, como digno caudillo para encabezar la oposición que levantaba como bandera la libertad del sufragio, la moralidad administrativa, y ante todo y sobre todo la probidad política.

Vergara fue todavía un hombre de estudio y de vastos conocimientos. Ingeniero de profesión, era principalmente versado en ciencias matemáticas y naturales; pero cultivaba con amor la historia y poseía aquel criterio seguro, que solo puede adquirirse en el estudio de los grandes pensadores que ha producido la humanidad y que han sabido conservar en páginas inmortales los vigorosos latidos, las nobles expansiones y las ineludibles caídas de los grandes pueblos. En esas meditaciones hubo de recogerse muchas veces Vergara para dejar correr su bien

templada pluma y trazar con magistral colorido el cuadro de nuestras tristes luchas políticas. Vergara se reveló así como eximio escritor y como profundo moralizador.

A todos estos justos y sobrados motivos para deplorar sinceramente la pérdida de tan esclarecido patriota y distinguido ciudadano, se une para nosotros el haber sido el señor Vergara uno de los miembros del *Club del Progreso*, de sus primeros fundadores y de sus más decididos sostenedores. Conservamos en nuestro poder testimonios elocuentes de su calurosa adhesión y nobles palabras de aliento y de confianza con que en varias ocasiones quiso honrarnos. Al asociarnos al sentimiento público que justamente despertó el fallecimiento de uno de los mejores y más nobles servidores de esta patria chilena, no hacemos sino dar franca expansión a nuestra alma, interpretando al mismo tiempo los sentimientos de nuestros consocios, para quienes el señor Vergara era un amigo, un consejero y un digno ejemplo que imitar. Estamos ciertos que el Club sabrá conservar cariñosamente la memoria del miembro fundador que acaba de perder y que cuidará de imbuir en el corazón de los jóvenes las nobles virtudes y aquellas cualidades, que tanto van perdiéndose, de firme entereza y de inquebrantable rectitud de espíritu, que formaban la personalidad misma del señor Vergara.- Enseñando a amarlo y a respetarlo, cumplirá nuestra institución con uno de sus más altos fines.

LUIS BARROS BORGOÑO

DON JOSÉ FRANCISCO VERGARA

Reproducimos a continuación el valioso artículo que sobre el señor Vergara escribió nuestro consocio don Diego Barros Arana para el número especial que en homenaje a la memoria del ilustre político publicó *El Heraldo* de Valparaíso.

La noticia del repentino fallecimiento del señor don José Francisco Vergara ha producido en toda la República una explosión de dolor. En la capital y en las provincias los periódicos han enlutado sus columnas, y han tributado a la memoria de este ilustre patriota artículos necrológicos que reflejan bastante bien la intensidad del sentimiento público.

En esos artículos, en que se ha tratado de trazar los rasgos distintivos de la fisonomía moral del señor Vergara, se han recordado principalmente los servicios que prestó a Chile en la pasada guerra contra la alianza peru bolíviana. Abandonando sus cuantiosos intereses, olvidando las comodidades que procura la posesión de una crecida fortuna, el señor Vergara acudió de los primeros a tomar su puesto entre los defensores de la patria. Simple voluntario al iniciarse la campaña, fue llamado a ocupar el puesto de secretario particular del general en jefe, por su prudencia y su discreción consiguió hacer oír su opinión en el consejo, y desarmar dificultades que amenazaban romper la armonía en la dirección superior de las operaciones. Encargado en seguida

de algunas exploraciones de reconocimiento, el señor Vergara, junto con una incansable actividad, desplegó en los combates de avanzadas, aquel valor resuelto y sereno, y aquella pericia militar que le valieron el ser nombrado en poco tiempo comandante general de la caballería. Llamado, por último al ministerio de la Guerra, el señor Vergara decidió al gobierno a llevar a cabo la campaña a Lima, en cuya preparación y en cuya ejecución tomó una parte directa e inmediata. En solo dos años de servicios activos y afortunados, el señor Vergara había recorrido con el más raro lucimiento todas las escalas de la carrera de las armas. El recuerdo de estos hechos demuestra superabundantemente, que pocas veces se habrá visto la improvisación más rápida y feliz de un verdadero militar.

Pero la personalidad moral del señor Vergara, realzada sin duda alguna por sus brillantes servicios en aquella guerra, tenía ya una valiosa situación en las otras esferas de nuestra vida política y social. El rango que en ellas ocupaba, y que conservó cuando, terminada la campaña activa, abandonó todo cargo militar, hacía del señor Vergara uno de los hombres más justamente prestigiosos de nuestro país. En las luchas políticas empeñadas por los partidos liberales para alcanzar la reforma de nuestras instituciones, en los grandes trabajos industriales que dirigía con tanta inteligencia, y en el ejercicio de la filantropía ilustrada y discreta, el señor Vergara desplegó las dotes de un gran ciudadano; y sin dejarse tentar por aspiraciones inmoderadas, usando siempre una noble franqueza y una invariable rectitud, se conquistó la adhesión decidida y sincera de sus numerosos amigos, y la estimación de cuantos tuvieron ocasión de acercarse a él o de combatir en las mismas filas. Si en la batalla de la vida no es posible dejar de sostener choques y de sembrar simpatías y antipatías, el señor Vergara fue singularmente afortunado; y sus mismos adversarios que en vida respetaron la elevación de su carácter y la honradez de sus propósitos, hoy tributan sentidos y desinteresados elogios a su memoria.

Hay, sin embargo, una faz de la personalidad moral del señor Vergara que solo ha sido recordada vagamente, con una o dos plumadas en los artículos necrológicos que hemos leído en estos días. Nos referimos a su pasión ardiente por el estudio que hizo de él uno de los hombres más sólidamente instruidos de nuestro país. Creemos conveniente el insistir en este punto para llamar sobre él la atención de quien se proponga en un trabajo más completo y desarrollado, dar a conocer la fisonomía verdadera del hombre distinguido cuya pérdida ha sido lamentada como una desgracia pública.

El señor Vergara hizo sus estudios entre los años de 1845 y 1853, en una época en que la enseñanza comenzaba a regularizarse; pero en que los cursos de matemáticas no habían recibido un conveniente desarrollo ni la necesaria reglamentación. Incorporado a estos cursos aspirando a poseer el título de agrimensor, el señor Vergara, sin embargo, asistió a las clases de gramática, de historia y de francés, y en la Universidad fue alumno en 1851 y 1852 de las de física y química que dirigía el señor Domeyko. Cursaba topografía y estaba a punto de terminar sus estudios, cuando en 1853 el gobierno pidió a la Universidad dos jóvenes que pudiesen ser agregados al cuerpo de ingenieros que comenzaba el trazo y construcción del ferrocarril entre Valparaíso y Santiago. Por elección de los profesores fueron designados don José Francisco Vergara y don Paulino del Barrio.

El último, que falleció en edad temprana, cuando comenzaba a conquistarse un nombre científico, prefirió continuar en la Universidad los estudios de geología y de metalurgia para hacerse ingeniero de minas. El señor Vergara, por su parte, aceptó el cargo que se le ofrecía para continuar sus estudios de ingeniería civil; y durante cinco años sirvió en aquella obra bajo las órdenes de maestros laboriosos y competentes que le suministraron buenos conocimientos y que le inspiraron el espíritu ordenado de constancia y de regularidad en el trabajo.

En ese trabajo y más tarde en la explotación industrial de la hacienda de Viña del Mar, el señor Vergara halló siempre tiempo para consagrarse a la lectura con su pasión habitual.

Poseedor de una gran fortuna, viviendo rodeado de todas las comodidades apetecibles, el señor Vergara daba un cuidado particular a la formación e incremento de su biblioteca, en que pasaba algunas horas cada día. Sin desatender la amena lectura, gustando mucho de los estudios gramaticales y filológicos, prefería, sin embargo, la historia, la geografía y las ciencias naturales: y en estas materias llegó a adquirir conocimientos tan extensos como sólidos.

Tuve la fortuna de tratar muy de cerca y con la mayor intimidad al señor don José Francisco Vergara. Viví con él meses enteros, sin que durante algunos días consecutivos tuviésemos otro compañero que interrumpiese nuestras conversaciones. En ellas pude apreciar en su justo valor el poder intelectual y la variedad y alcance de los conocimientos que había logrado atesorar este hombre distinguido. En las largas noches de invierno en que con cualquier motivo caía nuestra conversación sobre los tiempos pasados, el señor Vergara recordando las nociones adquiridas en la lectura de las más notables obras históricas, señalaba los hechos con una rara precisión, y emitía sobre ellos juicios perfectamente madurados. Su preparación científica, reforzada con la lectura de muchas de las mejores obras modernas de ciencias exactas y naturales, le permitía estar al corriente del movimiento científico general de nuestra época, y profundizar ciertos ramos a que había prestado más contracción. Así, el señor Vergara, que había estudiado prolijamente muchas cuestiones de física, matemáticas, y que tenía sólidas nociones teóricas y prácticas de topografía, era también un botanista de mérito. Aunque había hecho estos estudios para satisfacer una noble inclinación de su espíritu, sin propósito de lucro y sin esperar utilizarlos en la enseñanza o en algunos escritos, ellos le permitieron dar a muchos de sus trabajos industriales una dirección más práctica y más segura.

El señor Vergara estaba dotado de un vigoroso talento de escritor. Vaciaba su pensamiento con elegancia y nitidez; y cuando era conveniente, lo revestía de formas animadas por un brillante colorido o por un sarcasmo estigmatizador. Desgraciadamente, el señor Vergara parecía desconocer su poder de escritor; y él, que manejaba la pluma con una rara facilidad, casi no escribió más que algunas docenas de artículos políticos que hicieron grande impresión en la época en que se dieron a luz, y que serán recordados y leídos como verdaderos modelos en su género.

Hace pocos meses leía Vergara un libro de Víctor Hugo que acababa de publicarse en París. Ese libro titulado *Choses vues* (Cosas Vistas) era formado por una colección de notas o fragmentos

hallados entre los papeles del insigne poeta. En ellas había consignado Víctor Hugo su primera impresión sobre muchos sucesos o accidentes de su tiempo de que le tocó ser testigo presencial, o sus recuerdos de una visita o de una conversación con un personaje más o menos distinguido. La lectura de esas páginas escritas al correr de la pluma, pero llenas de vida y de color local, inspiraron a Vergara la idea de reunir en un libro recuerdos personales que conservaba grabados en su memoria, y que refería con el más animado interés. Los que conocimos el poder de su pluma, sabemos cómo habría desempeñado esa tarea. La sola campaña de 1879-1881 a que había asistido tomando parte principal en todas las grandes batallas, le habría dado materia para una obra de la más incuestionable utilidad. La enfermedad que había comenzado a enervar su vigor físico, y que al fin determinó su muerte prematura, le impidió acometer ese último trabajo que indudablemente habría asentado su renombre de escritor, dándole un puesto de honor entre nuestros más distinguidos literatos.

La vida del señor Vergara, su fisonomía moral y el bosquejo de sus acciones, no pueden ser la obra de un artículo de diario. Estos ligeros apuntes pueden ser utilizados por el que acometa ese trabajo en un escrito más extenso.

DIEGO BARROS ARANA

INDICE

El espiritista Jacinto Chacón	3
Discurso de Eduardo de la Barra Lastarria (1870)	16
Discurso de Juan de Dios Arlegui en la inauguración del busto de Blas Cuevas	20
Poema de Guillermo Matta en la inauguración del busto de Blas Cuevas	26
Discursos de Luis Barros Borgoño y Diego Barros Arana, por la muerte de José Francisco Vergara	29